

Amad el bien por su belleza, y la belleza por su excelencia, sin temor de nada y sin esperanza de nada.

1846

## Elección.

Fuí elegido el 8 de Mayo de 1845 (1).

Los retrasos del señor Molé hicieron que mi recepción no se celebrase hasta el 29 de Enero de 1846.

Su acogida *hostil* y *malévola* me obligó a retrasar el día en que comenzara a tomar parte en las sesiones hasta que dejó de ser director, es decir, hasta el 1.º de Julio.

## En casa del señor Thiers.

15 de Marzo, por la tarde.—Primeramente al señor Mignet, y luego a él, explico detalladamente el caso de mi negativa de ir a las Tullerías, asunto promovido por el señor Molé.

El señor Thiers lo comprende todo perfectamente, una vez resumido por mí en estos términos:

—Quise responder con un acto público, poniendo de manifiesto mi descontento ante una acogida *escandalosa* y *acerba*, hecha en público el día 29 de Enero.

Después de haberseme *ocultado* cuidadosamente

(1) En la vacante del señor Etienne.

el discurso del señor Molé, me fué escamoteado ante la Comisión, que contribuyó a ello interrumpiéndome, ahogando mi voz y apresurando el informe de las conclusiones que espera la Academia.

28 de Marzo.—Me he encontrado al señor Guiraud en el Palacio Real, al volver del Museo. Después de habernos estado paseando durante mucho tiempo por debajo de las arcadas, me ha dicho que el señor de Baraute había expuesto la opinión de *que yo haría bien en ir al castillo, para llevar mi discurso al mismo tiempo que el señor Vitet, con el señor Molé.*

Esto me demuestra cuán juiciosamente he obrado no asistiendo a las sesiones particulares de la Academia, donde se intentarían nuevas conciliaciones hasta que el señor Vitet hubiese presentado su discurso y hubiese hecho su visita.

Pasado mi turno no será ya tiempo de volver a él.

¿Serán los hombres de hoy como los del Bajo Imperio...?

M\*\*\* cree sinceramente que basta estar *enfadado* por un momento para estar satisfecho, y que, después de pasados dos o tres meses, puede uno entrevistarse con el hombre con quien está uno disgustado y que quiso hacer con un *acto público de descontento* y rehusando el acompañarle, lo que había hecho por medio de una *acogida hostil y escandalosa.*



El ataque del señor Molé es una ofensa *imperdable e irreparable*.

### Visita al señor de Pougerville.

*Domingo, 5 de Abril.*—He sabido por él que la Academia ha nombrado canciller al señor Vitet. Solamente dos votos se me han otorgado.

La Academia ha demostrado así que me excluye a mí y protege al señor Molé al nombrarle *director*.

La Academia, o una *cuarta parte* obscura y timorata de la Academia, ha obrado a ciegas y marcha a tientas. No sabe que la causa de todo ha sido una venganza política de la que Molé es el *ejecutor*.

Pero sin saber que M\*\*\* llegó, el día 5 de Enero, a proponerme un pacto innoble, mediante el cual yo prodigaría elogios a la familia real a cambio de la dignidad de par, y de una *dignidad de par pensionada*, que rechacé con tranquilidad, haciendo creer que se trataba únicamente de una ilusión de M\*\*\* y de un sueño sin fundamento.

Que no haya pronunciado la frase *¡Vade retro, Satanás!*, que me acudía a los labios, obedece a que me hallaba satisfecho.

Sin conocer estos detalles, la Academia fué testigo de la acogida pública hecha por el señor Molé, y debería considerarse ofendida. Lo fué, en efecto, al día siguiente; pero las intrigas, las adulaciones, los intereses y aun las calumnias contribuyeron a conquistarla.

*9 de Mayo.*—Me he enterado de que el rey ha dicho a su segundo secretario, el señor Lassagne, delante de varios ministros:

—Estoy muy descontento de la manera con que el señor Molé ha recibido al señor de Vigny. Un hombre glorificado por el país no debería ser recibido así. ¿Qué derecho tiene el señor Molé a conducirse de ese modo? No es un hombre de letras ni hizo nunca nada... ¿Cuál es su derecho? ¿Cómo se atreve a juzgar los libros el que no ha podido hacerlos...? ¿Por qué se recibe así a un hombre glorificado por el público y cuya elección he sancionado yo?

*10 de Mayo.*—Me hubiera sido fácil quizá encontrar críticas, muy duras de pronunciar, contra la vida y los escritos del señor Etienne; pero en presencia de su hija, su hijo y sus hijitos afligidos habría constituido una mala acción.

Ese respeto que se siente hacia la muerte, ¿a qué se debe que no se sienta ante los vivos?

### Visita al señor de Salvandy.

*12 de Mayo.*—Diálogo:

S.—El rey y yo hemos estado hablando durante dos horas seguidas. Le he dado cuenta de todo el asunto, que él desconocía.

M.—¿Puedo conocer algunas de las expresiones que ha empleado el rey hablando de mí?

S.—Plenas de consideración y de interés *amistoso*



hacia todo cuanto le atañe. El primer día en que traté con él de este asunto me dijo que le daría una cita para el día siguiente *a las once*. Yo le escribí a usted inmediatamente. Iba a salir la carta cuando recibí la siguiente orden: «No cumpla mi encargo acerca del señor de Vigny.» Volví a verle expresamente para hablar del asunto. Me dijo que había reflexionado; que temía faltar a las antiguas costumbres de la Corporación académica, la cual podría considerarse ofendida y menospreciada por él mismo, y que podría creerse que quería atentar así contra el antiguo derecho de la Academia francesa a presentar directamente los discursos al rey.

M.—Pero, en audiencia particular, me recibiría como ciudadano, y no como académico.

S.—Lo uno lleva inherente lo otro. Será bueno que vaya usted más adelante, cuando haya usted ocupado su puesto en la Academia, una vez que el señor Molé haya dejado de ser director.

M.—Nuestras ideas son opuestas, pues he prevenido a varios de esos señores que iría en el mes de Julio a ocupar mi sillón, pero nunca mientras él sea director.

El rey ha dicho al señor de Salvandy:

—La Academia interpreta mal en este caso la costumbre de que se trata. El académico recientemente elegido no es presentado nunca al rey por el director, sino que el director y él presentan sus dos discursos.

—Mi objeto está logrado—he dicho al señor de Salvandy—. Todo cuanto he hecho y cuanto me queda que hacer se sabrá en todas partes, aun en las Tullerías. Lo repito: mi único objeto ha sido el de responder con un acto *público de descontento a una acogida malévola y pública*. Toda mi conducta ha sido reservada, aunque firme, y debía serlo. Si tuviera que comenzar de nuevo, no obraría ni hablaría de otro modo distinto a como lo he hecho hasta ahora.

Después de haber hablado de mí, cosa que me enoja, le he recomendado de nuevo a Brizeux para la cruz.

El señor de Salvandy me ha dicho:

—Le cedo a usted la satisfacción de ser el primero en hacerle saber que ha sido nombrado caballero de la Legión de Honor.

Esto es de una delicadeza infinita. Me ha dicho que se interesa por recompensar principalmente a los talentos serios y dedicados al arte verdadero y puro, y que el señor de Laprade y el señor de Champagny tienen también la cruz.

1847

20 de Enero.—Un amigo del joven duque de Aumale me dice que, después de la sesión de mi recepción, el duque de Aumale ha dicho:

—El señor Molé se ha conducido mal.



El duque de Aumale ha asistido a la sesión, desde un palco, encima de la estatua de Sully.

### Guiraud.

Su muerte, casi súbita (1), ha contristado mucho a la Academia. Yo, particularmente, he sentido mucho no poder sentarme a su lado, como me lo había propuesto y como él me lo tenía prometido. Una operación torpemente practicada por un cirujano lo ha matado.

Era un hombre que semejábale a la ardilla por su vivacidad y parecía siempre estar dando vueltas en su jaula. Sus cabellos rojos, su hablar vivo, fanfarrón, petulante, embrollado, le hacía aparecer como si tuviera menos talento del que, en efecto, tenía, pues perdía la cabeza en la discusión y se salía a cada momento fuera de los *rieles* de la conversación; pero era muy sensible, muy bueno, muy espiritual, y estaba dotado de un sentido poético muy elevado. Constituye su muerte una pérdida muy grande para el país y para la corporación.

### Elección del señor Ampère.

*Jueves, 22 de Abril.*—El señor de Chateaubriand se ha hecho transportar a la Academia.

Exceptuando las piernas, que ya no tienen movi-

(1) 24 de Febrero de 1847.

miento, por lo demás, según dice, está bastante satisfecho de su salud. Ha ido expresamente para patrocinar a Ampère, a quien protege. Su cabeza octogenaria es la más hermosa que he visto, en la edad madura.

A fin de que no se le viese llegar, se ha hecho transportar antes de que llegáramos todos. Una especie de coquetería de viejo le hace temer, sobre todo, ser sorprendido en flagrante delito de enfermedad habitual.

Se ha alegrado bastante de encontrarse aún entre los vivos y ante la esperanza de asistir a la elección de Ampère. El buen Ballanche estaba junto a él, y parecía orgulloso de haberle visto llegar a ocupar un segundo puesto. Sus grandes ojos eran afectuosos y su hermosa mirada expresaba entonces una inefable dulzura. Esta gracia se la ha concedido, sin duda, el cielo para contrarrestar la sorprendente fealdad que le produce el lobanillo de su mejilla izquierda, que le desfigura.

Todos estaban en sus puestos.

Los ciegos, como Baour-Lormian y Félicité; los achacosos, como Chateaubriand; los oradores; los ministros, como Lamartine, Guizot, Salvandy, Thiers, Rémusat y Tocqueville; los afligidos, como el señor Molé, que acaba de perder, casi a la vez, a su mujer y a su amiga, la señora de Castellane; los enfermos, como Briffant, atacado de mal de piedra; todos, en fin, excepto el señor Empis, que no puede tomar parte aún, aparecían ocupando sus sillones.



Con la discusión aparente de las doctrinas literarias, reñíase un combate entre la influencia real, que protegía a Vatout, y un grupo universitario y mundano que se interesaba por Ampère.

Ante todo, yo reclamaba el honor de las letras y quería elegir lo mejor posible. Los mayores prestigios se hallaban ausentes. Lamennais y Beranger no quieren presentarse nunca. El uno sería rechazado políticamente y el otro unánimemente admitido. Ambos, alardeando de la misma ostentación, prefieren el tonel de Diógenes.

Otros más jóvenes, como Alfredo de Musset y Balzac, temen presentarse inútilmente...

*24 de Mayo.*—De pronto el rey muda de opinión. Sostiene que ha deseado verme y no me ha visto. Dice a un ministro que quiere hablarme. El señor de Circourt me escribe:

«El señor de Salvandy me encarga le diga que el rey de los franceses le ha hablado de usted, lamentando no haberle visto a causa de *ciertas razones que comprende perfectamente*. Ha añadido que le sería muy grato recibirle, y el señor de Salvandy se ofrece para acompañarle, si usted lo considera oportuno.»

Como testimonio de la *retractación* de la conducta del señor Molé, aceptaré esta entrevista, pues sé que el rey la ha condenado en extremo.

*Lunes por la noche, 14 de Junio.*—A las ocho y media, el señor de Salvandy entra en mi salón. Partimos.

Cuando nos anuncian, el rey está de pie, vestido de negro, con su sombrero en la mano. Viene hacia mí inmediatamente, y me dice:

—Hace diez y seis años, señor de Vigny, que no nos hemos visto. Usted mandaba un batallón de la Guardia Nacional y las tropas que guardaban el Palacio Real. Me proporciona usted un gran placer viniendo a verme, y le doy a usted las gracias.

—Soy yo, señor, el que le da las gracias, por haber consentido que sea miembro de la Academia.

—Lo deseaba, por lo menos, tanto como usted, señor de Vigny, y estoy muy contento de que haya usted ocupado tan alto puesto.

—Me he enterado de los términos favorables en que el rey se ha servido aprobar mi elección, y le estoy profundamente agradecido.

—Muchas gracias, señor de Vigny. ¿Quiere usted ver a la reina? El señor de Salvandy le acompañará.

La reina se hallaba sentada ocupando un puesto junto a una mesa, alrededor de la cual se reunían todas las princesas.

Observaba. A su derecha, aparecía sentada la señora Adelaida, hermana del rey.

—Vengo a presentarle al señor de Vigny—le dijo Salvandy.

—¿Cómo a presentármelo—dijo la reina—, si hace



veinte años que lo conozco? Señor de Vigny, tengo mucho gusto de volver a verle... Seguramente le gustará a usted viajar. ¿Adónde irá usted este verano?

—Tal vez a Inglaterra, señora; y después a mi casa, en el Mediodía de Francia.

—¿En qué parte del Mediodía? —me preguntó el rey.

—Entre Angulema y Burdeos, señor.

—¡Ah! Es una región encantadora.

—Sí, señor; ahora es un jardín inglés. Son los restos que me han quedado de las tierras de mis antepasados, pues es grande el número de fincas que ya no poseo. Procede de mi abuelo, el marqués de Barandín, almirante de la antigua Marina de Luis XVI.

—¡Ah! Conozco su nombre perfectamente. Mandaba una escuadra en la batalla de Ouessant, bajo las órdenes de mi padre.

—Sí, señor; a las órdenes del señor duque de Orleans y del señor de Orvilliers, del cual conservo aún muchas cartas.

Cuando nombró a mi padre, el semblante del rey tornóse triste y pensativo, y su mirada, quieta y melancólica, aunque penetrante, como si temiese que se produjera un movimiento de horror en mi rostro.

—Sí, señor—dije con la misma entonación sencilla y tranquila—, a las órdenes del señor duque de Orleans. Todavía no he podido comprender qué hicieron aquellas grandes flotas para destruirse; eran verdaderas *Armadas*.

—No sé; pero la paz vale más que todo.

—Lo mismo le oí decir al rey, hace diez y seis años. Hoy, vemos terminada esa gran obra.

—Así lo espero—dijo el rey con aire de satisfacción y de bondad—. *Usted se retiró tan pronto como cesó el peligro de los motines, y todo el mundo no obra lo mismo...* Ha escrito usted mucho, y lo ha hecho bien.

El duque de Nemours me habló después, durante bastante tiempo, de pie, en medio del salón, con mucha amabilidad y con un tono tímido y algo azorado, de la época en que le conocí.

—Todavía no había tomado usted Constantina—le dije.

Él me respondió, con una expresión muy modesta y sencilla:

—¡Oh...! Vi cómo la tomaban.

Me habló de la Beauce y del castillo de Vigny, tierra originaria de mi familia. Le relaté que pertenecía al príncipe Benjamín de Rohan, quien me ofreció comprármelo, hace tres años, puesto que dicho castillo, en medio de un jardín, con las dos granjas vendidas, sólo podía ser comprado por un príncipe, ya que no tiene vegetación.

La duquesa de Nemours es muy bella, y me retuvo por algún tiempo para hablarme de Inglaterra. La duquesa de Aumale se parece a esas jóvenes princesas españolas de la Casa de Austria pintadas por Murillo.



Me agradan sus labios salientes y sus cabellos, de un rubio pálido.

Me habló de Venecia, adonde, con gran pesar suyo, se va en ferrocarril.

La contemplación de los Borbones me produce siempre un sentimiento melancólico. Toda la historia de Francia parece resucitar sus retratos y reanudar el curso de sus grandes papeles cuando presenta a los príncipes que tuvieron los mismos rasgos bajo la influencia de otras costumbres.

Su raza no pierde nada con sus perfiles semiespañoles.

El rey se parece a Luis XIV a los sesenta años.

Vuelve a acercarse a mí al final de la velada y me dice:

—Mañana leerá usted en los periódicos que yo soy el autor de los desastres de Portugal. Los señores ingleses no prescinden de mí en la Cámara. ¿Qué opina usted acerca de este asunto portugués?

—Se parece algo—dije—al de la Fronda...

—Sí; por la inutilidad de los resultados...

—Y también porque es una guerra de grandes señores.

—Sí; tiene algo de aristocrática, y eso no es común en Europa...

Sonrió con finura.

—No—dije yo—; ese no es ahora nuestro defecto.

Rió de nuevo con mayor simpatía.

Su fuerza y su presencia de espíritu son notables.

Encuentro su aspecto y su semblante más tranquilos, más reposados, más saludables que en 1831.

Así me distrajo la familia real hasta las diez y media. La señora (la señora Adelaida) me habló de Inglaterra y de mi mujer, de su numerosa familia; luego, de la muerte de Ballanche y de la ceguera de la señora Recamier. Luego preguntó si es posible dictar a un secretario obras de imaginación.

—No creo que sea posible—contesté—, toda vez que la emoción de las escenas arrebataría al autor...

Ajustando siempre mi conducta a los principios de honor y de conciencia, considero que hice bien acudiendo a casa del rey Luis Felipe:

1.º En un Gobierno representativo se admite en principio—por ejemplo, en Inglaterra—que una invitación del rey es *una orden*. Nadie, *tory* o *whig* (1), tiene derecho a faltar a ella.

2.º Quise ver hasta dónde llegaba en su retractación el señor Molé. No ha querido decírmelo directamente, nombrando al señor Molé, sino solamente hacérmelo saber por su ministro, el señor de Salvandy; ya era bastante, para ser la primera vez. Únicamente quiso recibirme—así encargó que me lo dijeran—como a uno de los hombres eminentes de su país.

(1) *Tory* y *whig*.—Miembro del partido conservador y del partido liberal, respectivamente, en Inglaterra.—*N. del t.*



No se debe crear dificultades a un príncipe. Si yo hubiera hablado el primero del señor Molé al rey, le hubiera puesto en la necesidad de vituperarle en mi presencia, y es posible que quiera emplearle en un Ministerio.

Esperaré, y a la segunda o tercera entrevista, si vuelvo a celebrarla, él mismo me proporcionará la ocasión. Me dedicaré a juzgar este proceso, diciendo como Calderón:

*El mejor alcalde, el rey.*

Así, el *silencio* y la *dignidad* que tuve el *valor* de conservar; la perseverancia de mi negativa de volverme al castillo con el señor Molé, dieron por resultado que el *amo* desautorizase a su *servidor*, y que me invitase a que me entrevistara con él el *primero*, como particular, y no como académico. El rey reparó así, como correspondía, la inexplicable conducta del señor Molé y la indignidad sin precedentes que se cometió con mi recepción.

Los toros del circo español son siempre muertos por los matadores.

—¿Por qué no se les indulta algunas veces cuando resultan vencedores?— preguntaban a un torero.

—Sería inútil. Los toros, una vez heridos y sobrexcitados, se vuelven locos y mueren de una fiebre cerebral después del combate.

Del mismo modo no podían vivir aquellos jóvenes

del Terror, agotados por la fiebre de la batalla política. Si el hacha no les hubiese matado, su fiebre de tribuna les hubiera hecho sucumbir.

La señora de Montcalm conoció a la señorita de Coigny, la que estuvo aprisionada con Andrés de Chénier y para la que éste compuso *La joven cautiva*.

Se casó después con el señor de Fleury; se divorció; luego se casó con el señor de Montrond, quien la arruinó, haciendo lo que él llamaba redondear las tierras de su mujer; esto es, vender todos los días un ángulo. Ella le abandonó, por último, y murió hace algunos años.

Era de tez morena, con los ojos negros; audaz y animada; locuaz y semejante a la Corinne de Gérard.

### Fragmentos de mis Memorias <sup>(1)</sup>

Mi vida ha sido, hasta ahora, muy sencilla en su manifestación exterior, y en apariencia casi inmóvil, aunque llena de agitaciones violentas y sombrías, eternamente disimuladas por un semblante apacible. El único detalle en el cual un hombre atento ha podido vislumbrar mis sufrimientos es el de la distrac-

(1) Vigny había comenzado ya, en 1832, las Memorias acerca de su familia y de su infancia. Las reanudó después con más detalles, respondiendo, según dice Luis Ratisbonne, a una reiterada solicitud.



ción causada por ellos, cuando su aguijón se hacía demasiado molesto. Esta distracción ha sido frecuentemente penosa, y es la causa de la demanda hecha para que cuente los más secretos detalles de mi vida. Me alegro de que así se me exija, puesto que, de ese modo, se me obliga a dar cuenta de mí mismo, recogiendo con cuidado en mi memoria todos aquellos hechos que sólo interesan a los que me aman acendradamente.

Nací en 1797, el 27 de Marzo, tres años antes de empezar el siglo. Era el año V de la República, el mes del año en que Bonaparte comenzaba su sexta campaña de Italia, que terminó con el Tratado de Campo-Formio.

Me avergüenzo de hablar de un acontecimiento tan insignificante como el de mi nacimiento, en comparación con las grandes acciones que se consumaron; pero este insignificante acontecimiento supone algo para vosotros y para mí, principalmente para mis padres, que con mi vida se consolaron de la muerte de mis tres hermanos.

Sé que se llamaban León, Adolfo y Manuel, y que el que vivió por más tiempo llegó a la edad de dos años. No les vi siquiera; me dijeron que en el cielo había tres ángeles que rogarían por mí. Esto lo creí en mi primera infancia, y nunca pronuncio estos tres nombres sin experimentar un vivo afecto.

Tengo mucha memoria, y, sobre todo, memoria

visual; lo que recogen mis miradas, por pasajero que sea, no se borra nunca de mi vida. Todos los cuadros de mi más remota infancia continúan en mi presencia aún tan vivos y tan llenos de color como cuando aparecieron por primera vez.

Tenía diez y ocho meses, según dicen, cuando me llevaron de Loches a París; por ello, como se comprenderá, no conservo ningún recuerdo de Loches, y sólo conozco a esta linda y pequeña ciudad por la Historia y por los cuadros que la representan. Debo decir, antes de referirme al momento en que se abrieron mis ojos, por qué casualidad nací allí y de qué sangre fuí nacido.

De doce hijos, mi padre era el menor, y mi abuelo, el señor Guy-Victor de Vigny, uno de los mejores hidalgos y de los más ricos propietarios de la Beauce.

Sus tierras, de las que sólo poseo los nombres escritos en mi genealogía, se hallan clasificadas por este orden, a continuación de su nombre:

*Señor del Tronchet, de Moncharville, de los dos Enerville, Isy, Frêne, Jonville, Gravelle y otros lugares.*

He habitado en el Tronchet y he visitado Gravelle (en Bauce). Esta última tierra, comprada primero, durante la Revolución de 1789, por un hombre de negocios que, según creo, la pagó a plazos, fué comprada luego de nuevo, por un millón, por el señor Laffitte (el banquero).



Es una vivienda de las más maravillosas que pueden verse. La recuerdo perfectamente, aunque sólo la visité durante una hora, hace veinticuatro años.

Es un castillo cuadrado, edificado en piedra tallada, en medio del río más limpio y desconocido, unido a la tierra por dos puentes volantes. Se llega a él por una larga y umbrosa avenida de viejas encinas, enarenada de un extremo al otro, y desde cada ventana del castillo se divisan las colinas y las llanuras, en las cuales no hay una sola pulgada de tierra que no sea fecunda, y las hermosas aguas donde un doble molino gira eternamente.

El Tronchet es de una naturaleza más severa. Ya tendré ocasión de hablar de él.

Como desde que aprendí a leer me enseñaron mi genealogía y mis pergaminos, que conservo aún en una cartera, sé que mis padres ocupaban, mucho tiempo antes de Carlos X, un puesto elevado en el Estado, pues el pergamino más antiguo es un título concedido por Carlos IX a:

*Nuestro querido y bienamado Francisco de Vigny, por los loables y recomendables servicios hechos a nuestros predecesores Reyes y a Nos en varios cargos honorables e importantes en que fué empleado para el bien de nuestro servicio y de todo el reino, incluso durante las perturbaciones de éste, para gozar de las franquicias y prerrogativas, y, mediante este título, poseer todos los feudos, posesiones nobles, etcétera, 1570.*

Esta primera consideración me proporcionó bastante amistad con los Valois, con los que me creí personalmente obligado, y tuve, como un niño que era, más devoción por ellos que por los Borbones, habiendo observado que desde 1570, en que vivía aquel Francisco de Vigny, mi trisabuelo, su hijo Esteban de Vigny, luego Juan de Vigny, después Guy de Vigny, y luego, por último, León de Vigny, mi padre, vivieron pacíficamente y sin ambición en sus tierras de Emerville, Moncharville y otros lugares, cazando lobos, casándose y teniendo hijos, después de haber cumplido sus servicios militares, precisamente hasta alcanzar el grado de capitán, donde se detenían para retirarse a sus casas con la cruz de San Luis, según la antigua costumbre de la nobleza de provincia. Conocí únicamente un título de *pages de Luis XIV* que tengo todavía en mi poder, título doble otorgado a Claudio Enrique de Vigny y a Carlos Enrique de Vigny d'Emerville, hermanos de mi abuelo, cada uno de los cuales mandó un regimiento. Me pareció muy mal que Luis XIV no los hubiese tratado con más cuidado, pues eran más distinguidos mis parientes el mariscal de Castelnau y los Rochechouart.

No comprendía tampoco que el castillo de Vigny (en la carretera de Rouen) no me perteneciese. Nada, no obstante, era más sencillo y más justo.

El cardenal G. d'Amboise se lo había comprado en 1554 a los Saint-Pol, parientes míos, familia a la que había pasado esta tierra por alianza. El condes-



table Anne de Montmorency poseyó esta tierra por adquisición a la casa de Amboise (1). El canciller del Hospital se retiró a ella y murió en 1568. Este castillo fué el que abrió todas las puertas a los asesinos. Me refugié allí una vez en mi vida, siendo oficial de la Guardia Real. La aldea de Bordeaux de Vigny se encuentra sobre la carretera y *al borde del agua*, como su nombre indica. El castillo está en una hondonada, protegido por cuatro grandes torres. Recuerdo que los oficiales de mi batallón, encantados, según decían, de estar en mi casa, quisieron que yo los recibiera en Vigny, y les obsequié con un almuerzo bastante malo en aquel mal albergue de la pobre aldea, siendo bastante pobre yo mismo con relación a los que debieron ser en otro tiempo los señores de la mansión que yo miraba de lejos. Tenía diez y nueve años cuando obsequié con aquel almuerzo a los subtenientes; era rosado y rubio, y caminaba a pie por la carretera, a la cabeza de mis viejos soldados, tan orgulloso de mi charretera, que no la hubiera cambiado por las torres de las cuales sólo poseía el nombre, ni tampoco hubiera cambiado mi comida de militar por los festines de mis antepasados, cuyo humo ennegreció las viejas chimeneas.

(1) He encontrado mis indicios de familia confirmados por Castelnau y completados por él, entre otros.— Edición de 1731, t. II, pág. 509.—*Nota de Vigny.*

Si vais alguna vez a Rouen por esta carretera, que se llama, según creo, *la de abajo*, encontraréis esta mansión, a unas seis leguas de París. Este castillo perteneció últimamente al cardenal de Rohan, cuya tumba se encuentra aún en la capilla. El príncipe Benjamín de Rohan, que acaba de ahogarse en la Escuela de Natación, en Alemania, fué el último poseedor. Me mandó recado hace tres años de que iba a vender Vigny, y me envió a un hombre de negocios alemán para saber si yo deseaba presentarme como adquirente.

Encontré además entre mis papeles una carta del rey de Inglaterra Carlos II, que daba las gracias a uno de mis antepasados, gobernador de Brest, por haber recibido y protegido a sus fieles súbditos cuando iban a proveerse de víveres en aquel puerto. Está fechada en Jersey, a 10 de Noviembre de 1643.

Todas estas cosas inculcaron desde mi nacimiento ideas guerreras y un tanto feudales en el cerebro de un niño tan delicado, que era tomado siempre por una niña, lo cual hacía un singular contraste, hasta que a los diez y seis años adquirí una vitalidad y un aspecto muy varoniles.

El padre de mi madre—el señor de Barandin—, viejo y venerable jefe de escuadra de la época de la gran marina de Luis XVI, que rivalizaba con la de Inglaterra y se repartía con ella el Océano, fué conducido a las prisiones de Loches. Su hija y mi padre, al que habían debilitado sus heridas, le siguie-